



# Traducir otros mundos, otras vidas

Raquel García Lozano \*

Traducir es recrear el espíritu y la atmósfera de una obra, así como el estilo de un autor, teniendo siempre presente al público al que va dirigida. Esta difícil labor se complica aún más cuando las obras originales plasman un mundo, unas tradiciones, unos ritos religiosos y unas costumbres que al lector le son ajenas. Este es el caso de la literatura hebrea traducida al español.

La literatura escrita en hebreo antes de la Primera Guerra Mundial es fundamentalmente europea y, por tanto, aunque refleja sobre todo la realidad del judío de la diáspora, el lector europeo puede acercarse a ella sin tener sensación de extrañeza. Pero, a partir del período de entreguerras, la literatura hebrea comienza a centrarse en temas "locales" como la emigración desde Europa a la Palestina, o Eretz Israel, dominada por los turcos y más tarde bajo el mandato británico, la evolución del hebreo ya como lengua hablada o los distintos movimientos políticos, hasta que, con la creación del Estado de Israel en 1948, situará en un lugar destacado al individuo y el microcosmos en el que vive su cotidianidad.

En este caso, el gran reto del traductor no es sólo ser fiel al alma de la obra, verter dichos, expresiones, refranes o frases coloquiales del idioma de partida al de llegada, sino ante todo conseguir que el lector español llegue a hacer suyo ese mundo hasta entonces desconocido. Al traducir *Una historia de amor y oscuridad*, de Amos Oz, intenté que el lector español sintiera con la misma intensidad que el israelí el desgarrar de un pueblo que tuvo que dejar la culta y refinada



Europa para trasladarse a una tierra árida y vacía, de un pueblo que seguramente diría, a diferencia de lo expresado por Yehudá ha-Leví, "mi corazón está en Occidente y yo en los confines de Oriente". Así mismo pretendí que se comprendieran las luchas políticas, los enfrentamientos generacionales o la crisis de una sociedad dividida entre intelectuales que recordaban al judío de la diáspora y obreros y agricultores que reflejaban la fuerza del nuevo israelí. Y todo ello sin utilizar notas ni glosarios, que impiden la lectura fluida de una obra literaria, pero evitando también que el lector se sintiera perdido en un mar de términos incomprensibles.

Es indiscutible que cualquier obra escrita en hebreo está salpicada de nombres de fiestas, de meses del año, de instituciones o de partidos políticos. Si traducir estos términos significa destruir el carácter local del texto, al traductor sólo le quedan dos recursos: insertar notas a pie de página, más propias de un ensayo o un trabajo científico que de una obra literaria, o conseguir dentro del propio texto que el lector comprenda el significado de esas palabras desconocidas hasta el momento. En mi opinión, este segundo recurso es el menos agresivo con el texto original y el que más facilita la lectura. Además es necesario destacar que este tipo de obras están desti-

nadas a un público culto al que no es necesario explicarle lo que es una kípá, la comida kasher o el Yom Yíppur, términos que, por otra parte, recogen ya diversos diccionarios y enciclopedias. Por tanto, la principal labor del traductor consiste en que el lector sienta que tiene ante sus ojos una obra original y no una traducción, y esto se consigue cuando todos esos elementos extraños, ajenos y desconocidos están insertados en el texto sin violencia alguna y dejan así de resultar extraños, ajenos y desconocidos.

El trabajo de traducción de *Una historia de amor y oscuridad* fue arduo, pero ante todo gratificante. Espero haber sabido recrear en español un texto hebreo tan rico y poético, pero también cargado de una gran dosis de humor e ironía, donde se nos narra la vida cotidiana de sus protagonistas, sin olvidar la historia social, política y económica de un pueblo tantas veces vilipendiado. La literatura israelí es una pieza clave para que el mundo conozca esa tierra que muchos no se atreven a nombrar, y lo haga desde un punto de vista diferente al que nos transmiten la prensa y parte de la intelectualidad europea, desde el punto de vista de sus protagonistas, de todos sus protagonistas. Y para lograr que esa literatura, esos otros mundos, esas otras vidas, llegue a manos del lector español es imprescindible la siempre poco valorada labor de traducción.

\*Raquel García Lozano. Licenciada en filología semítica, es profesora y traductora de obras en hebreo.

